

Derechos reservados de El Colegio de Sonora, ISSN 0188-7408

Ciudades y arquitecturas del noroeste mexicano*

Eloy Méndez Sáinz**

Resumen: En estas notas se presenta una visión general de la arquitectura y el urbanismo desplegados por los regímenes derivados de la revolución mexicana en las entidades de Chihuahua, Baja California, Sinaloa y Sonora, durante el periodo 1917-1957. Con el supuesto de que las innovaciones arquitectónicas y los proyectos urbanísticos locales se insertaron en el proyecto de nación, se ha reunido material para mostrar la identificación de la edilicia con los preceptos revolucionarios. Puede así observarse que en el periodo se integraron los territorios estatales, se redistribuyó la población, se reestructuró la agricultura, emergieron nuevos asentamientos, las ciudades capitales fueron replanteadas y la arquitectura, acompañada del muralismo y la estatuaria, se orientó a cristalizar los valores revolucionarios, según las versiones de cada experiencia estatal. En la región, orientada a la agricultura, sobresalieron en particular los complejos agroindustriales y las escuelas, homogeneizando el paisaje urbano de manera distintiva desde el porfiriato.

* Esta elaboración contó con financiamiento del CONACYT y del Fideicomiso para la Cultura México-U.S.A., si bien es un avance preliminar dirigido a colaborar en el proyecto matriz "Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicano" (HAYUM), capítulo del periodo de la Revolución Mexicana, coordinado por el doctor Ramón Vargas Salguero, de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

** Investigador de El Colegio de Sonora. Se le puede enviar correspondencia a Obregón 54, Centro, Hermosillo, Sonora, C. P. 83000. Correo electrónico: emendez@colson.edu.mx

Abstract: This article presents an overview of architecture and city planning developed by the regimes which came from the Mexican Revolution in the states of Chihuahua, Baja California, Sinaloa and Sonora during the period 1917-1957. On the supposition that local architectural innovations and city-planning projects were included in the national project, material has been gathered which shows the identification of the municipality with revolutionary precepts. It can be seen that during this period state territories were integrated, population was redistributed, agriculture was restructured, new settlements emerged, capital cities were redefined, and architecture along with muralist painting and statuary was oriented to fulfil revolutionary values, according to each state's experience. In this agriculture-oriented region, agribusiness complexes and schools stood out particularly, homogenizing the urban landscape in a manner distinct from that of the Porfiriato.

Introducción

En el tono finisecular de los pocos estudios publicados y de varios en marcha acerca de la historia del urbanismo y la arquitectura de las ciudades en México, las siguientes notas intentan explorar la situación de entidades y ciudades del noroeste durante la primera mitad del siglo.

El propósito es detectar las nuevas arquitecturas, así como el proyecto de ciudad puesto en práctica en virtud del impulso del régimen político derivado de la revolución mexicana. La metodología ha consistido en establecer in situ la obra pública más relevante del periodo 1917-1957, posiblemente articulada ésta por el sentido que le otorgaba al espacio urbano el discurso social de la Revolución.

Pudo así observarse que la modernización excluyente se materializó en el noroeste del país mediante el reparto de tierras favora-

ble a los grandes terratenientes, principales beneficiarios de los distritos de riego y en general de la infraestructura hidráulica financiada por el gobierno federal para sustentar la gran agricultura y ganadería, orientadas a obtener divisas en el mercado estadounidense o al apoyo de la industrialización sustitutiva de importaciones.

De estas actividades provenían las arquitecturas primarias que brindaron la identidad híbrida del paisaje semirural de las periferias urbanas de la región: las despepitadoras de la Anderson Clayton, compuestas por los grises silos metálicos confundidos con las angulosas siluetas de las sierras azules y por los emblemáticos hornos de adobe o ladrillo, verdaderas figuras totémicas de la arquitectura vernácula que articularon espacial y funcionalmente la continuidad del campo en la ciudad agroindustrial aún resplandeciente en los años setenta.

Desde el México novohispano, el norte fue tierra de colonización, fenómeno reeditado en la segunda mitad del siglo XIX y por último en el periodo postrevolucionario. De ahí que algunas de las ciudades más importantes del noroeste se originaran en el Porfiriato debido a la colonización agrícola, la implantación del ferrocarril, las explotaciones mineras o a la formación de la frontera. Otras provienen del periodo postrevolucionario, más bien relacionadas con el desarrollo agrícola y la normalización del comercio por tierra con Estados Unidos, por lo que el aún inexistente sistema urbano de los años veinte se componía de núcleos pequeños relativamente comunicados y una distribución equilibrada de la población.

Si exceptuamos los asentamientos fronterizos, la concentración demográfica mantuvo índices lentos y hasta negativos durante la segunda década del siglo, pero se incrementaron aceleradamente desde los años cuarenta, permitiendo fraguar desde entonces el proyecto urbano en las ciudades capitales. En éstas confluyeron la concentración de los equipamientos y las élites políticas regionales, propiciando la espacialización de las representaciones particulares del episodio revolucionario para darle sentido al crecimiento caprichoso de la mancha urbana y la especulación inmobiliaria.

De esta manera, la construcción moderna de la ciudad capital de cada estado se fundió con los propósitos de pertenencia al envión épico. Para cristalizar cada versión de los orgullos regionales, se

echó mano de la reorganización panóptica de la trama vial, de la transformación profunda de franjas completas de ciudad, de la alteración ecléctica de arquitecturas puristas, del monumento dramático y el revestimiento didáctico de muros y vitrales que garantizaran la carga histórica de elementos ordenadores del espacio social cada vez más grande, diversificado y fragmentario.

Las intervenciones puntuales y dispersas sobre la ciudad tendieron a ser cohesionadas por los hilos invisibles de los emplazamientos estratégicos destacados en tramas urbanas anónimas y hasta pueblerinas, obedeciendo a un proyecto de ciudad hegemónico cimentado en políticas estatales de inspiración postrevolucionaria.

Los grandes cambios

Durante el Porfiriato, se introdujeron las innovaciones tecnológicas que afianzaron los sistemas urbanos desarrollados en el noroeste a lo largo del siglo xx. El cine, el telégrafo, el teléfono y el alumbrado público se establecieron en los principales asentamientos, siendo fundamental el tendido de las vías férreas para el enlace con el centro del país, la costa y la frontera norte, donde los asentamientos sobre la línea internacional son la bisagra de unión con el sistema ferroviario estadounidense.

Al transporte ferroviario y su ubicación preponderante en las porciones bajas y despejadas se debe en gran medida la consolidación de la tendencia general de despoblamiento de las regiones serranas a la vez que la densificación de los valles costeros en Sonora y Sinaloa, de las llanuras bajas en Chihuahua, así como de la franja fronteriza. En 1910, la línea del Pacífico conectaba Nogales con Acajoneta y en el centro norte lo mismo sucedía entre Ciudad Juárez y la Ciudad de México. Las principales ampliaciones del periodo postrevolucionario fueron el enlace de Baja California con el ferrocarril del Pacífico en Benjamín Hill (realizado en los años de 1938 a 1950) y la línea de Ojinaga a Topolobampo. Con el primero se integró el valle de Mexicali a la serie de valles del Pacífico, configurando el "granero" del país, así como la "cadena de ciudades" de Tijuana a

Tepic, y con el segundo se obtuvo una salida al mar del suroeste norteamericano, al igual que el intento de integrar la sierra Tarahumara.

El eje de Ciudad Juárez, Chihuahua y Jiménez se unió desde 1884 con la línea del ferrocarril que conecta con la Ciudad de México, confirmando el eje colonial trazado rumbo a Santa Fe. Casas Grandes, Cusihuiriáchic y Parral, centros importantes del otro antiguo eje ajustado a los caprichos topográficos de la sierra, fueron enlazados por ramales del anterior. El tendido de la red obedeció a la estrategia de conectar los centros mineros con los Estados Unidos, conciliando los intereses de los inversionistas extranjeros con los locales, como los del grupo Terrazas y los ganaderos sonorenses, que embarcaban las reses rumbo a los mercados del norte y el sur.

Los primeros tramos del eje de Sonora y Sinaloa se debieron a la necesidad de tener una salida al mar desde Arizona a través de Guaymas y de Culiacán por Altata; asimismo, las compañías mineras estadounidenses habían construido las vías para trasladar a la frontera los minerales extraídos en Pilares, Nacozeri y Cananea. Fue sustancial el abatimiento de los tiempos de traslado, pues, por ejemplo, los varios días que requería la diligencia para llegar de Guaymas a Tucson se recortaron a unas cuantas horas. Hacia finales de los años veinte, se tenía ya una amplia red de vías que unían los importantes centros comerciales portuarios con los núcleos fronterizos. Esto favoreció el incremento de la población migrante hacia el noroeste, la colonización del campo desde las ciudades y, sobre todo, el incremento fabuloso de los volúmenes comerciales.

Así, en 1910 los núcleos más poblados se engarzaban por medio de las vías férreas. Del mismo modo, a finales de la década de los años cincuenta éstas apuntalaban las ciudades con mayor primacía urbana: Mexicali y Tijuana, en Baja California; Chihuahua y Ciudad Juárez, en Chihuahua; Culiacán y Mazatlán en Sinaloa; Hermosillo y Ciudad Obregón, en Sonora. Como se ve, la concentración demográfica es un indicador confiable del mayor desarrollo por pares de ciudades en estas entidades. Además, se logró la incorporación de los centros comerciales y pesqueros más importantes de la costa: Mazatlán, Topolobampo, Guaymas y Yavaros.

Reacomodos

El éxito de los generales sonorenses en la Revolución garantizó la intensa vida política de su estado de origen en los años que siguieron al movimiento armado. Se tenía la certidumbre de que la participación en el dinamismo derivado de las grandes figuras era insistir en la ruta allanada rumbo al poder central. Así lo mostró Álvaro Obregón desde junio de 1919, candidato a la presidencia del país con el apoyo de una red de clubes locales y en oposición a Carranza, que en seguida fue desafiado por el gobernador Adolfo de la Huerta, Plutarco Elías Calles y el mismo Obregón con el Plan de Agua Prieta, aglutinador de las oposiciones regionales. En Sinaloa, se sumó el general Ángel Flores y en Chihuahua el general Ignacio Enríquez, ambos convertidos en gobernadores de sus respectivos estados al triunfo del movimiento. En cambio, el coronel Esteban Cantú, gobernador del territorio norte de Baja California, al no apoyar el Plan, fue destituido en 1920.

Tras el interinato de De la Huerta, se sucedieron las presidencias de Obregón y Calles, caudillos que garantizaron en la región las políticas recién probadas en Sonora, donde la promoción del proyecto agroexportador se basó en la propiedad privada y la concentración de tierras, patrón predominante en los primeros años veinte.

El lapso de 1926 a 1929 fue de auge económico para los sonorenses, favorecidos por la expansión de la economía norteamericana, el primer cliente de los productos locales de la minería (sobre todo el cobre), la ganadería serrana y de la incipiente agricultura moderna de los valles adyacentes a la costa. El comercio de los productos agrícolas impulsó la construcción de carreteras y caminos para enlazar los valles con los mercados del centro del país, Europa y Estados Unidos.

En 1917, las tropas norteamericanas de la expedición "punitiva" suspendieron la persecución de la guerrilla villista, que continuó su confrontación con el carrancismo hasta 1920, tras convenir la rendición en el periodo de Adolfo de la Huerta. Ese año, el general Luis Terrazas volvió a pasearse por los casi 60 000 kilómetros cuadrados de su latifundio, incautado en 1914 por el gobierno de Villa y lue-

go devuelto por Carranza; del mismo modo regresaron entonces otros terratenientes a recuperar sus bienes, que incluían el más amplio abanico de empresas, como la Compañía Eléctrica, fábricas y comercios, mientras los peones, campesinos y obreros seguían en las mismas condiciones sociales prerrevolucionarias.

Lugares como Ciudad Juárez estaban en situación crítica, tanto por la falta recursos para cubrir sueldos de empleados y maestros como por el desabasto de alimentos provistos por norte y sur; así que al final de la Segunda Guerra Mundial e inicio de la reconstrucción mexicana, urgía el restablecimiento de la Zona Libre. El apoyo a los empresarios privados se restableció en definitiva desde 1921, abarcando concesiones en el aprovechamiento del agua de los distritos de riego y reposiciones por daños causados durante la lucha. Ilustrativo del ambiente político del reacomodo y la ironía de los retornos circulares, Villa y el general Terrazas murieron en 1923, el primero, asesinado y el viejo hacendado, en cama y sepultado a la usanza colonial en el atrio del santuario de Guadalupe, puntualizando así el ambiente de recomposición de la élite porfiriana, que debió incorporar a los miembros menos incómodos del grupo revolucionario.

Pero la crisis del 29 trastornó profundamente la economía ascendente de la región, sobre todo la relacionada con la inversión y el mercado norteamericanos, esto es, la minería, la ganadería y la incipiente agricultura de exportación, pero en especial afectó a las ciudades adosadas a la línea fronteriza, reflejada a los dos años en el derrumbe de las transacciones comerciales registradas por las aduanas. Además, estas ciudades debieron captar a gran parte de la población mexicana expulsada del país vecino en recesión, lo que afectó los fondos públicos locales.

El colapso minero y de la ganadería de exportación implicó el desmantelamiento de los capitales norteamericanos apropiados del espinazo económico de los estados fronterizos. Como eran actividades ubicadas en el área serrana extendida hacia Sinaloa y Durango, se propició la redistribución demográfica, que privilegió los valles costeros de Sonora y Sinaloa y las llanuras bajas de Chihuahua, como destino de los desempleados de la sierra y los mexicanos repatriados. Los roces de los gobiernos locales con la federación impac-

taron el equilibrio político local, pero no desviaron la atención del impulso a la gran agricultura que fue lográndose entre los valles de Mexicali y Culiacán, de Juárez y La Laguna. En consecuencia, continuó la construcción de caminos e infraestructura hidráulica, que facilitó el mercado hacia el exterior por los puertos marítimos y la frontera. De esta manera, se crearon las condiciones para convertir a la región en abastecedora de las materias primas requeridas por el proceso de industrialización.

La solución a la crisis obligó a poner en práctica una estrategia favorable al desarrollo endógeno, la cual se centró en el impulso a la gran agricultura moderna mediante varios ejes de intervención relacionados con la nueva organización del territorio, como la reorganización de los productores, el saneamiento de la hacienda pública, las fuentes de financiamiento y el soporte legal. Se abordó otra vez la necesidad de integrar físicamente la vasta superficie de los estados, priorizando en las obras públicas la construcción de carreteras para incorporar todas las comunidades importantes al mercado interno. Este proyecto fue encabezado por las élites políticas locales ligadas al maximato e identificadas con los intereses desplegados en las zonas agrícolas y ganaderas, manifiesto en hechos tales como el surgimiento, en Sonora, del gobernador Rodolfo Elías Calles, primogénito del Jefe Máximo, formado en escuelas norteamericanas, del mismo modo que los miembros de su gabinete; dato indicativo de la renovación de la vieja clase política.

Todo esto era simultáneo a la radicalización de la campaña contra los chinos y la lucha cristera. Los expulsores de chinos se adueñaron de sus propiedades, fortaleciendo un mecanismo circunstancial de acumulación en el sector familiarizado con el comercio de Sonora, Baja California y Sinaloa. El radicalismo antirreligioso expulsó sacerdotes y cambió el uso de las iglesias, contribuyendo a la consolidación de la escuela socialista, así como a la formación de las casas del pueblo. Pero el descontento social provocado por estas pugnas facilitó la expulsión local de los herederos del callismo, quienes no pudieron persistir en la conducción del país frente al presidente Cárdenas.

La colonización agrícola de Sonora se había iniciado décadas atrás en el valle del Yaqui, tras la expulsión de los indios, lo cual im-

primió al territorio la racionalidad de la modernización ajena basada en la cuadrícula modular que intentaba repetir la experiencia farmer de los pequeños propietarios. En este contexto se diseñaron y planearon asentamientos rurales que obedecieron al patrón del trazo definido por los agrimensores, generando cuadrículas homogéneas que simplemente densificaban la extensa trama de geometría regular de los distritos de riego. Ciudad Obregón, en el corazón del valle del Yaqui; Los Mochis, en el valle de El Fuerte; Mexicali y Delicias, en los distritos de riego respectivos, son los casos más sobresalientes de ciudades agrícolas fundadas en los primeros años del siglo. En las décadas siguientes se sumó a los factores anteriores el resguardo militar de la frontera, para fundar en 1917 la colonia agrícola con funciones militares que dio origen a San Luis Río Colorado, muestra del diseño urbano reducido al acotamiento y distribución básica de predios en áreas adecuadas. Una fundación contemporánea y cercana a la anterior fue Algodones, en la frontera de Baja California, respondiendo a la misma morfología agraria, consistente en cuadrículas manzaneras o submúltiplos de las cuadrículas que segmentan las parcelas del territorio agrícola, a su vez referido a los meridianos y paralelos de la distribución cartesiana del globo terráqueo. Así, la subdivisión del suelo responde a un parámetro universal, sólo sujeto a diferencias de ritmo de acuerdo con el cambio de uso, agrícola o urbano.

En 1920, ocupó el gobierno del estado de Chihuahua el obregonista Ignacio Enríquez, reticente respecto a la formación de ejidos y al anticlericalismo. Su inclinación por la pequeña propiedad lo identificó más bien con la política favorable a la formación de colonias agrícolas, entre otras las integradas por los menonitas provenientes de Canadá, quienes ocuparon 100 mil hectáreas del viejo latifundio de los Zuloaga. En la confluencia del sistema ferrocarrilero porfirista con la colonización agrícola, el despoblamiento de centros mineros y la lucha de los campesinos por el reparto de la tierra de las antiguas haciendas, el campo chihuahuense atrajo pobladores para la creación de numerosos y reducidos asentamientos, destacando el surgimiento de Cuauhtémoc, concentradora de las actividades comerciales de la región. Acorde con el callismo, en 1932 se eligió en el gobierno del estado al general Rodrigo M. Quevedo, anticlerical

e impulsor de la educación socialista, quien concluye en ese año las obras de los distritos de riego de Delicias y Juárez, que ocupa más del 70% de la superficie de riego del estado. Con este entorno despuntó la nueva agricultura de Delicias, mientras la producción del valle de Juárez ascendía junto al precio del algodón; simultáneamente, volvió a exportarse ganado. El civil Gustavo L. Talamantes sucedió a Quevedo, para abundar en el reparto de tierras ejidales de mala calidad.

En Sinaloa, desde los años de la reconstrucción se buscó la recuperación de las economías gubernamentales mediante el apoyo a los agricultores más prósperos, que mantenían la productividad de sus propiedades. Las obras modernas de riego también datan de la postrevolución, en particular desde 1935, con el impulso a los sistemas de riego de Culiacán y de El Fuerte. Al año siguiente, los latifundios de la United Sugar se repartieron en ejidos, pero las reformas alemanistas favorecieron el neolatifundismo y el derrumbe del sistema ejidal, que con frecuencia sobrevivió a través del rentismo, propiciando la formación de las grandes fortunas de los agricultores del estado. Los principales cultivos, del tomate y el algodón, crecieron desde entonces gracias al mercado de exportación, estimulado por la Segunda Guerra Mundial.

Las obras de irrigación sinaloenses se impulsaron de nuevo en los cincuentas, con la creación de cinco presas para derivar agua a cuatro distritos. Gracias al eficiente sistema de comunicación y transporte, se integraron las áreas de mayor actividad económica de los valles y las planicies costeras, pero quedaron al margen el área serrana y varios municipios de agricultura atrasada.

En las primeras décadas del siglo xx, Mazatlán se mantenía como la ciudad con mayor actividad económica en Sinaloa, pero el tendido de los ferrocarriles que venían desde Nogales a Nayarit enlazaron con Guadalajara sólo hasta 1927, lo que perjudicó al puerto para el posible despegue industrial que propiciaron las vías férreas en otras ciudades. Las políticas de desarrollo agrícola de la postrevolución impulsaron la economía del estado, con la modesta participación del valle mazatleco en los planes de colonización, en comparación con los valles del centro y norte del estado. De esta manera, tanto la generalización del riego como la modernización de la producción

agrícola convirtieron a Culiacán en el principal centro del desarrollo regional desde los últimos años cuarenta, desplazando a Mazatlán, cuya población es por primera vez en el siglo, en el censo de 1950, inferior a la capitalina .

El despegue de Culiacán y Los Mochis se inició con las reformas agrarias del cardenismo que posibilitaron la constitución de nuevas empresas agrícolas apoyadas por fuentes crediticias y la consolidación temprana de la amplia infraestructura de riego. Con ello se fortalece la élite económica y política asentada en la capital. La demanda creciente de los productos sinaloenses por el mercado estadounidense de la postguerra, y renovada durante el bloqueo a Cuba, posibilitaron la incursión de Culiacán y Los Mochis en la agroindustria, lo que permitió la diversificación económica.

En el territorio de Baja California Norte, el distanciamiento geográfico y político respecto a la Revolución propició la estabilidad y relativa prosperidad del gobierno de Esteban Cantú, de 1915 a 1920, cuya destitución fue precedida por el nombramiento federal de Abelardo L. Rodríguez como jefe de operaciones militares del territorio. En este lapso, se logró comunicar los nacientes poblados del norte fronterizo de la entidad con el denominado camino nacional, abierto a fuerza de dinamitar la sierra. Se apoyó la economía con la apertura de cultivos de algodón para exportar y el respeto a las grandes propiedades agrícolas de extranjeros, la explotación de los inmigrantes chinos, el tráfico de drogas y los servicios al consumo norteamericano que cimentaron la fronteriza "leyenda negra". Abelardo Rodríguez repitió el esquema discrecional de Cantú para el autofinanciamiento en su periodo de gobierno, de 1924 a 1928. El nacionalismo radical de los años treinta se manifestó en la entidad mediante una política de mexicanización que culminó en los años siguientes, como el desplazamiento de los ferrocarriles concesionados a los norteamericanos, la creación de una zona libre y la campaña contra extranjeros como hindús y japoneses, pero sobre todo antichina.

La formación de Mexicali transcurrió en un entorno de intensa colonización y reparto ejidal de tierras en el valle, sobre todo en el periodo de los años treinta y cuarenta. Para ello, debió seguirse un prolongado proceso de negociación con la gran propietaria del sue-

lo local, la Colorado River Land Company (“el rancho algodonero más grande del mundo”). Desde finales de ese lapso y todavía en los primeros años cincuenta, se establecieron el Ferrocarril Sonora-Baja California y la Carretera Nacional, para la integración del estado al noroeste y resto del país.

Reagrupaciones

No sólo se reubicó la población de la sierra en los valles y la frontera, donde además se captaron migrantes y repatriados, sino que también crecieron las principales aglomeraciones al tiempo que se dio la dispersión mediante multitud de pequeños asentamientos rurales en áreas de agricultura tecnificada para cultivos de exportación que atraían población migrante de áreas tradicionales, que se reforzó con la política de colonización. La urbanización acelerada de los cuarentas derivó del auge agrícola y ganadero, actividades favorecidas por las obras de infraestructura de redes tecnológicas y los créditos a los agricultores, que respondió oportunamente a la ampliación del mercado externo e interno.

Fue en las décadas de los años cuarenta y cincuenta cuando se volvió más notoria la presencia de las instalaciones agroindustriales a los lados de las vías férreas y puntos de embarque carretero de los valles. Las periferias urbanas de Mexicali, Los Mochis, Obregón, Hermosillo, Juárez, Torreón y centros menores, quedaron de pronto repletas por la arquitectura técnica de las instalaciones fabriles, bodegas y talleres, destinadas al almacenaje y procesamiento del algodón promovido por la Anderson Clayton, que en el área de Culiacán se diversificó con los ingenios azucareros. Al lado de los hornos para quemar la cascarilla, se tendieron innumerables arañas de instalaciones aéreas que permiten el funcionamiento y alimentación de plantas y silos.

Esta experiencia fue decisiva para la amplia difusión de la lámina y las estructuras metálicas ligeras en las cubiertas de las construcciones urbanas, donde eran frecuentes las cubiertas de dos aguas a pesar del clima desértico; esta solución económica fue desplazada

parcialmente por el concreto desde los sesentas, difundido en la arquitectura doméstica a partir de los conjuntos de vivienda de interés social. Un uso más intensivo de la lámina de asbesto en los techos de la vivienda se dio en los centros mineros. En ambos casos se imitaron los procedimientos constructivos y las soluciones formales de las cubiertas de madera y cartón arenado del suroeste estadounidense, muchas veces trasladadas al lado mexicano para la residencia del personal extranjero de plantas y minas.

A su vez, estas actividades se mantuvieron como las principales impulsoras del crecimiento de las ciudades, en algunos casos girando en torno de la minería. Así, de las nueve ciudades con mayor capacidad de atracción en los años cuarenta, cuatro eran del noroeste (Ciudad Juárez, Mexicali, Tijuana y Torreón); mientras en la década siguiente de este grupo se sustrajo Torreón y se agregaron Chihuahua y Hermosillo, compartiendo el destino de los flujos migratorios con las grandes ciudades del país. Asimismo, mientras los datos censales de 1921 mostraron que entre las quince ciudades de mayor rango nacional sólo había 3 del noroeste (Torreón, Saltillo y Durango), los datos de 1960 revelaron que la línea de referencia se movió más al extremo noroeste con la inclusión de Torreón, Ciudad Juárez, Mexicali, Chihuahua y Tijuana.

Antes de 1950, sólo se había desarrollado ampliamente la irrigación en grande en los valles de Mexicali y Culiacán; en los restantes distritos de riego se terminaron las obras en los cincuentas, misma década en que los estados costeros se enlazaron por medio de una carretera ininterrumpida con el centro de México.

Sonora se abrió a la industrialización, con los ganaderos, agricultores, comerciantes e industriales encabezados por el gobernador Abelardo L. Rodríguez a partir de 1943, siendo él mismo un empresario próspero. La "era de Abelardo" se inició cuando un tercio de la población total, la mayor parte de los establecimientos industriales y la mayoría de los productos agrícolas se concentraban en los municipios costeros. Tanto con este gobierno en los cuarentas como con Ignacio Soto, en los primeros años cincuenta, se logró madurar las condiciones para que los empresarios privados terminaran de centralizar las tierras irrigadas y obtuviesen las más abundantes cosechas.

Se construyeron cinco presas, se abrieron centenares de pozos, se tendieron kilómetros de canales, se ampliaron las carreteras troncales y multiplicaron los ramales, se incorporaron innovaciones tecnológicas, se erigió la industria de los agroquímicos y del procesamiento de productos agrícolas y ganaderos, se consolidaron los distritos de riego preexistentes y se abrieron los de Guaymas-Empalme y Caborca. El motor imparable del progreso se montó también en la marginación de los ejidatarios, el consumo irracional del agua del subsuelo, la expansión de la frontera agrícola, el agotamiento precipitado de las tierras de cultivo y en la distribución diferencial de los comercios y servicios. Los acelerados procesos de urbanización concentraron hacia 1960 a 529,555 habitantes en la costa, de un total de 736, 478 en la entidad; de éstos, la población urbana de los municipios costeros fue de 330,963 y sólo 89,178 en el área restante.

Entonces, la consolidación de las ciudades sonorenses se inició en los cuarentas, cuando las políticas de creación de infraestructura hidráulica y del sistema carretero le dieron un sentido urbano a la integración del territorio. La articulación del estado mostró su eficiencia en el desarrollo de la franja de municipios costeros. Para 1940, la población de la entidad alcanzaba los 364,176 habitantes y los municipios del eje Nogales-Obregón, que incluye Hermosillo y Guaymas, agrupaban el 14.8% de la población total. Hermosillo, convertido en polo de atracción de la población migrante ante el desplome minero de Cananea y Nacoziari, mantenía una población asentada de 18,601 habitantes, con el 8% de crecimiento anual en la década precedente; Nogales, el segundo núcleo en tamaño demográfico, tenía 13,866 habitantes; Ciudad Obregón, entonces en tercer lugar, contaba con 12,497, y Cananea, gracias al resurgimiento minero se sostenía como tercera, con 12,006. Como se ve, el sistema de ciudades observaba equilibrio en la distribución poblacional, en una relación rango-tamaño recomendable para el desarrollo urbano, situación que en general se conservó hasta los años cincuenta, cuando comenzó un proceso de urbanización que fortaleció la preeminencia actual de Obregón y Hermosillo.

Paradójicamente, el tope de la expansión de la frontera agrícola del territorio sonorense marcó el inicio de su retraimiento, motiva-

do por la disminución de los financiamientos federales a mediados de los cincuentas, fortaleciendo la carrera por las innovaciones que lograron la revolución verde y con ella la producción intensiva ligada a la industrialización urbana. Esto obligó a los grandes agricultores a dirigir mayores inversiones a las ciudades de la costa, cuyo apoyo fue requerido por primera vez en el campo a través de insumos químicos y semillas de alto rendimiento.

En ese momento, las ciudades más adecuadas al desarrollo en términos de equipamiento comercial y de servicios fueron Obregón y Hermosillo, asiento natural de agricultores que no vivían en el campo. Casi en seguida, en el inicio de los sesentas, el interés federal por los núcleos de la franja fronteriza arrancó el Programa Nacional Fronterizo, primer intento de industrialización con plantas maquiladoras y la modernización de los puntos de paso internacional, así como el acceso a los distritos turísticos ubicados en el corazón de las ciudades del área, sobre todo de Nogales y San Luis Río Colorado en Sonora.

Paralelamente, en Chihuahua se dio una sucesión concertada para que los contendientes electorales Alfredo Chávez y Fernando Foglío Miramontes ocuparan el gobierno en la década de los cuarentas, coincidiendo con el inicio del desarrollo sostenido de la entidad y dirigiendo gobiernos conservadores afines a los intereses de las élites locales, que continúa en la década siguiente. Eloy Vallina y su grupo fueron los empresarios formados y consolidados en el contexto de la economía sustitutiva, siempre con un pie en la esfera política.

Las inversiones realizadas en el campo, dirigidas a la infraestructura de riego y a la creación de caminos vecinales, tanto como los esfuerzos de los campesinos que lograron iniciativas oficiales encargadas en algunos casos de reconocer reclamos legítimos (como en lo que se refiere a los antiguos derechos sobre tierras ejidales de Galeana, Las Cruces, Namiquipa y Casas Grandes) y en otros de reparar latifundios, o a garantizar la inafectabilidad de las grandes propiedades ganaderas, propiciaron el despegue agrícola y ganadero, así como el dinamismo demográfico de la entidad desde los cuarentas. Los excedentes económicos generados en el campo se concentraron en las ciudades de las llanuras bajas, polarizando el desarrollo eco-

nómico y la centralización política respecto a los tarahumaras de la sierra, ni siquiera beneficiados por el reinicio de la explotación maderera, o por la implantación del ferrocarril tendido de Ojinaga a Topolobampo desde 1961.

Así se sentaron las bases para formular al fin un marco territorial congruente y el proyecto de ciudad de la postrevolución. En ese sentido se encaminó la reorganización de la entidad por distritos de riego y la red de caminos, en especial el tramo carretero entre Chihuahua y Ciudad Juárez, iniciado desde 1929 e integrado en 1951 a la Carretera Panamericana que enlaza las fronteras norte y sur del país. El empalme de este eje carretero con el ferroviario es un indicador significativo del carácter geocéntrico y polar de la organización del territorio a partir de la capital, donde confluyen las líneas de transporte terrestre y comunicación más importantes. Otro rasgo es la consolidación de un sistema urbano con la preeminencia de Ciudad Juárez y Chihuahua respecto al resto de asentamientos, según se observa desde los datos censales de 1950: la primera, con 122,566 habitantes y la segunda, con 87 000, más que duplican la población de Parral, el centro minero más importante, que apenas alcanzó 32,063 habitantes en la misma fecha, y ésta a su vez rebasó entonces ampliamente a Camargo, donde se registraron 11,945.

Contrapunteo fronterizo

Las ciudades fronterizas poseen desde sus inicios como tales ciertos rasgos específicos labrados durante el último cuarto del siglo xix y la primera década del xx. La concreción material de la línea limítrofe y la constitución de Tijuana y Nogales fueron fenómenos simultáneos del Porfiriato. La experiencia colonial constituyó un patrón de asentamiento que no influyó en el origen de los núcleos fronterizos establecidos o modificados en el antiguo régimen.

El desarrollo acelerado de las últimas décadas del siglo xix y principios del xx representó en el norte mexicano la reorganización en virtud de las innovadas funciones fronterizas ante reformulaciones del poder federal y la siguiente fase de expansión norteamericana. El aislamiento norteamericano fue de pronto un territorio estructurado por

dos estados nacionales a la vez, en el que las vías férreas iniciadas en 1880, evidenciaron el impacto de vecindad al mismo tiempo que la relativa integración al resto de México.

El diseño fundacional de Tijuana se realizó en el marco de la intensa comercialización de terrenos fraccionados al sur de San Diego, al tiempo que en San Quintín y Ensenada, elaborado por el ingeniero Ricardo Orozco, de la fraccionadora The International Company of Mexico. El proyecto consistió en un trazo ortogonal de manzanas y calles, al que se sobrepuso un esquema de trazos diagonales. En el centro convencional jerárquico fue ubicada la plaza principal, enlazada directamente con cuatro plazas menores. El conjunto fue emplazado en el ángulo originado por el cauce del río Tijuana y la línea internacional. Entre el borde fronterizo y las manzanas laterales debía ubicarse una amplia calzada. Era un diseño ideal que no tenía mucho que ver con la topografía real y pronto fue rebasado por la traza caprichosa adosada a las cañadas.

El proyecto de Nogales respondió a condiciones similares a las de Tijuana. El fundo legal se deslindó sobre terrenos negociados de un rancho ganadero, fue trazado el asentamiento de suerte que constituiría uno solo con el de Nogales, Arizona, de no ser por la separación de jurisdiccional convenida a lo largo de la calle de Camou. Los autores, ingenieros Bonillas y Herbert, los diseñaron mediante obvio acuerdo al lado poniente de la intersección de la línea del ferrocarril y el lindero fronterizo, en la única porción plana del área. Igual que en Tijuana, la planimetría ortogonal y armónica de los campamentos ferrocarrileros nogalenses se remitió a un pequeño reducto en la amplia ocupación de geometría irregular plegada a cerros y barrancas.

Ciudad Juárez, tuvo una trayectoria distinta a los casos anteriores. Esta ciudad, antes denominada Paso del Norte, fue asiento de un presidio colonial, de ahí el origen del trazo urbano irregular aún hoy persistente en el viejo centro de la urbe, que cuenta en su lado poniente, desde fines del XIX, con un área planeada con diseño reticular. El emplazamiento del conjunto es al sur del río Bravo. En 1900, Juárez era una ciudad de ocho mil habitantes, extendida al oriente sobre el antiguo tejido colonial establecido sin el ordenamiento de las Leyes de Indias; al oeste, sobre el área adyacente de la

moderna cuadrícula planificada para residencias y equipamiento público. Debido a la Segunda Guerra Mundial, se estableció en El Paso, Texas, un campamento de tropas, hasta ahora subsistente; en 1918, la cruzada moralista norteamericana adquirió cuerpo legal. Ambos eventos trastornaron la economía juarense, volcada a las actividades de un turismo norteamericano consumidor del juego de azar, alcohol y prostitución. El sensible crecimiento poblacional fue una de las manifestaciones inmediatas del nuevo auge: 40 000 habitantes, que ocupaban 471 hectáreas, en 1930.

Tijuana fue destino turístico desde el inicio, el primer hipódromo se construyó en 1916. En la sección noreste del cuadrángulo originalmente planeado, adyacente al hipódromo y la puerta de paso internacional, se concentraron desde entonces los atractivos exigidos por aquel turismo demandante del consumo prohibido por la "Ley Seca". Una afluencia importante se dio en 1915-1916, provocada por la San Diego California Exposition y atraída por la oportuna y simultánea "Feria Típica Mexicana" tijuanaense. Así, la población local de 1,228 habitantes en 1921 creció a 11,271 en 1930 y a 16,486 en 1940, cantidad aumentada a 59 962 diez años más tarde.

Nogales nunca ha tenido vecindad con un asentamiento urbano de las dimensiones de San Diego, cuya región registró 209,659 habitantes en 1930, o El Paso, con 100 mil en 1925. Nogales, Arizona tenía sólo 6,006 habitantes en 1930, mientras la vecina mexicana contaba con 15,605 para ese mismo año, cuyo detonante para el primer auge económico fueron también las medidas prohibitivas. El municipio, predominantemente urbano, pasó de 15,422 a 26,016 en los cuarentas.

La bonanza urbana fronteriza concentró espacialmente el fruto de al menos dos políticas globales que coincidieron en el tiempo y tuvieron expresiones territoriales directas: a) la colonización norteamericana del área mexicana recién apropiada, que impulsó la comunicación del southwest primero mediante el ferrocarril y luego por redes de caminos de autotransporte, b) la política porfirista sobre el norte de México, que propició las grandes propiedades de suelo tanto de extranjeros como de nacionales, y el enlace fronterizo con el interior del país y con Estados Unidos, a través de las vías férreas.

En suma, los años veinte fueron de auge económico en las ciudades de la frontera. Fue una breve época que mostró la participación de los centros urbanos del área en los movimientos cíclicos de la economía mundial, a través de su peculiar inserción en los sistemas urbanos regionales del suroeste norteamericano. Fueron años de florecimiento comercial que fincaron la infraestructura básica de la vida urbana. Pero la década finalizó con la crisis de 1929, resentida con especial agudeza en la región. La depresión trajo consigo el cierre de comercios y el retorno de gran cantidad de trabajadores mexicanos deportados que se quedaron en la frontera. A ello se agregó la derogación de la "Ley Seca" en 1933, lo que hizo disminuir en consecuencia la demanda de bebidas alcohólicas en los expendios fronterizos. Como paliativo para mejorar las condiciones de vida del área, el gobierno federal creó a finales de 1933 los perímetros libres experimentales, extendidos al casco urbano de los asentamientos situados sobre el límite internacional.

La necesidad de mano de obra en Estados Unidos debida a la Segunda Guerra Mundial, motivó el convenio para la introducción de braceros mexicanos temporales, generando un flujo importante de migrantes a través de la frontera y con ello una nueva dinámica económica regional. Al mismo tiempo, ciudades como Mexicali, Ciudad Juárez y Tijuana fueron solicitadas de servicios y diversión por millones de soldados norteamericanos residentes en bases militares emplazadas en el sur de su país. Fue un dinamismo contemporáneo de la política sustitutiva de importaciones, provocando un éxodo sin precedentes de campesinos hacia las ciudades mexicanas, notoria en la década de 1940.

Ahora bien, Ciudad Juárez ha rebasado en población a la capital de Chihuahua desde los cuarentas, debido a un más acelerado crecimiento, en el que la migración ha sido un factor determinante, pues el censo de 1940 registró que más del 30% de la población total (48,881 habitantes) era nacida fuera del estado. Por otra parte, la mancha urbana, las peculiares actividades fronterizas que en ella se desplegaban y la relación subordinada que ha guardado respecto a la ciudad de Chihuahua, impusieron otros requerimientos, ritmos de realización y aun matices en la materialización del proyecto post-revolucionario. Las olas de expansión y refuncionalización urbanas

siempre se han inspirado en la comparación inevitable con la ciudad gemela de El Paso y en el reconocimiento de la identidad de una población con perfiles culturales diversos, favorable a las expresiones desterritorializadas. La modernización urbana ha impulsado obras de interés público, fábricas y talleres, ha promovido también los prostíbulos, cabarets y cantinas, acompañada por el dilema moral del progreso, y ha enfrentado sin resolver de fondo los déficits de agua y vivienda, a los que se agregaron las escuelas en los años cuarenta y cincuenta.

La reconstrucción postrevolucionaria de Ciudad Juárez se vio favorecida por la aplicación en Texas de la "Ley Seca", al ofrecer los licores y placeres vetados del otro lado de la Línea desde 1920. Mejoraron sustancialmente el paisaje urbano y las redes de servicios e infraestructura, tanto en el distrito turístico como para la población residente. A mediados de la década, era posible apreciar múltiples edificaciones nuevas, sobre todo fábricas y servicios orientados al turismo, y en 1930 su población se acercó a los cuarenta mil. En este marco de auge comercial y constructivo se abogaba aún por la Zona Libre como un factor para evitar la "desmexicanización" de la franja fronteriza, se logró la autosuficiencia local, invadida por productos provenientes de El Paso y dejada de lado por el gobierno central. Ante la depresión internacional, resurgió el nacionalismo juarense como instrumento proteccionista, desde luego atizado por el nacionalismo creciente en el país.

La crisis de 1929 mostró la fragilidad extrema de Juárez ante fuerzas exógenas, al enfrentar la reducción abrupta del turismo, el regreso masivo de inmigrantes mexicanos, el proteccionismo de la comunidad vecina y la persistencia federal en el control de los ingresos aduanales. El apoyo del gobierno del centro, el advenimiento de la Segunda Guerra Mundial y el dinamismo económico en el norte del país contribuyeron a la recuperación de Ciudad Juárez, que en el inicio de los años cuarenta mostraba un característico nuevo flujo de construcción y crecimiento intermitentes, que se prolongó a la década siguiente.

Un aspecto peculiar de las ciudades fronterizas es la morfología urbana, que responde a rasgos similares a lo largo de la Línea: crecimiento histórico a partir del borde internacional y más en parti-

cular desde la aduana o punto de paso; en torno a este punto originario se extiende el distrito turístico, el cual, junto con la franja adyacente, observan las mayores densidades de ocupación del suelo; a dicha área confluyen las más importantes vías del tráfico regional y local, incluyendo por supuesto la línea del ferrocarril. El paisaje urbano desorganizado revela a lo largo del siglo, la improvisación constructiva ante la rapidez del crecimiento, así como la veloz renovación constructiva, que difícilmente conserva ejemplos interesantes de la cultura material edificada en las primeras décadas del siglo. Es la arquitectura fúnebre de los cementerios originales un excepcional banco de imágenes que registra la historia olvidada en las calles y barriadas de las ciudades, al concentrar abigarrados lenguajes frecuentemente alejados del academicismo, pero que sin duda señalan la confianza de los deudos en la permanencia del testimonio arquitectónico.

Tras las ruinas

Los efectos de incertidumbre y destrucción provocados por la vorágine revolucionaria pueden ilustrarse con los datos de población registrados en las entidades más convulsas. En Chihuahua, la capital registró una población de 39,706 habitantes en 1910, la que se redujo a 37,078 en 1921, mientras que en el mismo lapso Juárez aumentó de 10,621 a 19,457, esto muestra que, a pesar de ser escenario de batallas, la ubicación fronteriza la mantuvo como destino de inversiones y personas. En Sonora, se observó una situación paralela durante dicho lapso, pues Hermosillo se mantuvo prácticamente estancada con poco más de 14 mil habitantes, Cananea y Guaymas se redujeron abruptamente, cuando Nogales creció vertiginosamente de 3,177 a 13,475. Para la misma década de referencia, Culiacán, en cambio, mantuvo su ritmo de crecimiento al pasar de 13,527 habitantes a 16,034, mientras que Mexicali observó el salto de un reducido núcleo de 462 residentes a 6,782.

El protagonismo revolucionario de Chihuahua abatió el crecimiento demográfico del estado, que redujo su población de 405

mil habitantes en 1910 a 400 mil en 1921. Además de atender edificios dañados o destruidos por completo, de 1917 a 1921 la reconstrucción se dedicó a restablecer las redes tecnológicas, esto es, las líneas telegráficas, los puentes y vías ferroviarias, objetivo frecuente de los ataques rebeldes. Por supuesto, las prioridades se definieron en torno al propósito de reactivar la economía, intentando recuperar los niveles productivos logrados hacia 1911 en la ganadería y la minería de exportación. La cualificación de la mano de obra debió incluir también la educación, con programas dirigidos a la enseñanza agrícola, y se apoyaron escuelas como la de Artes y Oficios, la Industrial para Señoritas, la Agrícola de Ciudad Juárez, o el Instituto Científico y Literario, antecedente de la Universidad Autónoma.

Los centros urbanos de Parral y Jiménez fueron devastados por la Revolución. Del mismo modo, Ciudad Juárez perdió el atractivo turístico, pues quedó físicamente arruinada por el golpeteo de las balas y las explosiones de cañones y granadas. El edificio de correos, por ejemplo, quedó inservible y de la biblioteca pública sólo se conservaron las marcas. No era para menos, pues la ciudad fue escenario de varias batallas y con frecuencia fue ocupado por fuerzas atacantes, debido a su importancia estratégica respecto a las fuentes de financiamiento y armas en Estados Unidos, así como punto de paso de perseguidos políticos y organizaciones clandestinas. Sin embargo, mantuvo cierta estabilidad en las actividades relacionadas con la diversión y hasta se benefició con la captación de comercios que huyeron de ciudades como Aguascalientes, donde las batallas no permitían su pervivencia. Claro, se trataba de establecimientos "golondrinos", que regresaron a sus lugares de origen en tiempos de paz.

En Culiacán, se registraron desde los primeros años de guerra, numerosos saqueos a casas comerciales y almacenes; también se dañaron las instalaciones del ferrocarril. Pero en especial destacaron las destrucciones dirigidas a las propiedades del exgobernador porfirista Diego Redo y su familia, registradas en la fábrica textil El Coloso, en el ingenio La Aurora, saqueo de la casa de Alejandro Redo, y hasta la quema de cañaverales. Luego, en el inicio de la reconstrucción, el gobierno del general Ángel Flores destinó importantes inversiones para reparar líneas telefónicas, caminos y puentes que comunicaban a la ciudad con el resto del estado, además de formar el hos-

pital Francisco I. Madero para los huérfanos de la Revolución y se retomó la construcción del mercado. Un rubro prioritario de atención en 1917-1918 fue la educación, que entre otras medidas incluyó la construcción de numerosas escuelas primarias y la organización de la Universidad de Occidente.

Nuevas ciudades

Diversos factores contribuyen a explicar el porqué las ciudades capitales observaron los rasgos más acabados del urbanismo promovido en las entidades respectivas, del mismo modo que concentran las experiencias arquitectónicas más interesantes, entre ellos el de agrupar los equipamientos regionales, así como la centralización de las funciones colaterales a la parcela federal del poder retenido y delegado por la federación. Si a ello se agregan los montos demográficos locales y la primacía que se observa en el interior de los sistemas urbanos estatales correspondientes a lo largo del periodo, no queda duda de la relevancia del fenómeno urbano local y de las soluciones constructivas ingenieras.

A principios de 1930, en el marco de la crisis favorable a la industrialización, se creó la fábrica de cemento Portland, con capitales norteamericanos y locales, que se instaló al lado del emblemático cerro de La Campana y junto al yacimiento de piedra que explotaría, en la periferia ribereña de Hermosillo. El gobernador y empresario Francisco S. Elías ubicó esta empresa de la que era socio, en el proyecto estatal de construcción de canales para riego y carreteras. Ignacio Soto era gerente y socio importante de la compañía, además de cercano a Abelardo L. Rodríguez, a quien sucedió en la gubernatura. En seguida, la fábrica se diversificó con la producción de cal hidratada, dirigida por Jesús Lizárraga. A mediados de los cuarentas, éste y Soto pasaron a formar y en seguida a dirigir la delegación local de la Cámara de la Industria de la Transformación.

En Chihuahua, fue hasta 1947 que se creó la planta de Cementos de Chihuahua por el grupo Vallina, en un proceso de industrialización que luego se amplió al acero, abarcando insumos básicos

de la industria de la construcción requerida por la arquitectura moderna, aquí precedidos por el amplio consumo de la cantera blanca y el ladrillo prensado con diversas coloraciones.

En el inicio de los años cuarenta, confluyeron los excedentes agrícolas y la formación de una élite empresarial en las ciudades, siempre con un pie en el ámbito político y ahora frente al promisorio horizonte de proyectos productivos y comerciales. El sustrato ideológico que oportunamente cohesionaría las intervenciones puntuales fue el nacionalismo irradiado desde el epicentro postrevolucionario.

La primera iniciativa relevante que evidenció en Hermosillo el proyecto nacionalista fue la Universidad de Sonora, matizada circunstancialmente por la presencia de José Vasconcelos. El breve episodio fue suficiente para poner de relieve el rol ideológico del norte mexicano en la obra revolucionaria: un baluarte cultural frente a la penetración imperialista estadounidense. Así, el carácter épico de las obras universitarias se transmitió en fachadas nacionalistas ornamentadas con tezontle del valle de México y azulejo poblano, el lenguaje neocolonial suavizó los esquemas de distribución arquitectónica organizada sobre patios centrales circundados con arcadas. La cantera de las fachadas apenas disimula la estructura de concreto que luce funcional en los interiores o en los dientes de sierra de las cubiertas de talleres y laboratorios. Este concreto fue el mismo que cubrió las viejas fachadas de ladrillo aparente de las iglesias, del mismo modo que calles y bulevares, o el que se empleó para las inmensas obras de irrigación en presas y canales. Para el proyecto y construcción universitaria, se contrató especialmente en la ciudad de México al sonorenses Leopoldo Palafox, recién egresado de la Escuela Nacional de Arquitectura.

El ambicioso proyecto universitario dejó pendiente la Escuela de Arquitectura hasta los años noventa (cuyo mayor acercamiento fue la creación del Instituto de Enseñanza Primaria, Bellas Artes e Industrias, en 1920), a pesar de que hacia 1947 funcionaba en sus aulas una escuela de Ciencias Sociales y Arquitectura, de la que nunca egresaron arquitectos, y, por supuesto, en los cincuenta se destinaron importantes recursos para las instalaciones de la Escuela de Agricultura y Ganadería, incluyendo la pintura mural más impor-

tante del campus, sólo equiparable con el vitral del edificio de Rectoría, aunque estos se agregaron una década después.

El general Rodríguez atrajo los intereses de los industriales de la construcción, aglutinados en torno a la consigna de la "era avanzada del concreto", dispuestos a materializar el proyecto de ciudad que privilegió las inversiones en Hermosillo, sin dejar nunca las obras de la gran agricultura. El propósito de obtener una ciudad capital moderna redimensionó en seguida el proyecto universitario en términos de centro científico, tecnológico y cultural, siendo el Museo Biblioteca la obra más significativa.

La inmensa mole de acero y concreto fue de inmediato instituida como símbolo de la ciudad, soslayando el viejo núcleo político religioso en busca de un nuevo centro laico y funcional. El diseño moderno ecléctico de los amplios volúmenes de geometría simple provocó una inusual crítica en la prensa, poniendo en duda el carácter de la propuesta, refutado por el argumento contundente del activismo moderno y sin concesiones del responsable de la obra, el arquitecto poblano Felipe Ortega, apenas egresado de la Escuela Nacional de Arquitectura. Éste fue atraído a Hermosillo por Palafox, debido al proyecto de la Universidad, luego contratado por Abelardo para la magna iniciativa de la catedral del conocimiento. Felipe se basó en el proyecto sustentado en la tesis profesional de su hermano Salvador Ortega, algún tiempo colaborador de Mario Pani, quien fuera maestro de ambos.

Pero fue necesario dar un paso más temerario para que Hermosillo presentara un movimiento inmobiliario más atractivo de especulación y escasez artificial de suelo; de ahí la discutible construcción de una presa en la orilla de la ciudad, alejada de los distritos de riego de la costa, beneficiando en el corto plazo a la industria de la construcción y los comerciantes de bienes raíces. De paso, los fondos públicos financiaron el desalojo y reubicación de la fábrica de cemento, ubicada en el vaso de la nueva presa.

Hilando una empresa exitosa tras otra, Rodríguez y sus colaboradores crearon una empresa urbanizadora y con ella la colonia residencial Pitic ("junta de dos ríos", nombre colonial indígena del antiguo Hermosillo), que incorporó tierras ejidales al mercado. Los viejos agricultores y ganaderos de la colonia Centenario de la déca-

da anterior se identificaron con las arquitecturas coloniales californianas de influencia ranchera, dispuestas sobre un amplio paseo cosmopolita. Pero la Pitic fue diseñada acorde al modelo estadounidense de cuadrícula con bulevares, calles y callejones de servicio, entreverando sobre prados casas californianas con funcionalistas. Abelardo y la primera dama, los modernizadores por excelencia, eligieron sin embargo el neocolonial para la Casa de Gobierno y la iglesia, ambas ubicadas en los principales promontorios de la colonia.

En los años siguientes, la Pitic fue enlazada con la plaza laica mediante un bulevar trazado en diagonal sobre la cuadrícula preestablecida. La historia regional concilió las figuras de los presidentes nacionales del grupo Sonora en un desfile cronológico de estatuas-columnas con los extremos ocupados por el padre Kino y el colonizador criollo de la Alta California, Juan Baustista de Anza. De esta manera, la historia y el urbanismo se conjugaron para ofrecer la lectura totalizante de una ciudad cada vez más fragmentaria, extensa y segregada. Al mismo tiempo, se abrían amplias franjas urbanas para ser cubiertas por las intervenciones individuales de los primeros arquitectos del estado, todos ellos formados en el movimiento moderno, sin duda hegemónico a finales de los cuarentas.

El proyecto de ciudad fue sintetizado en el primer plano regulador realizado para Hermosillo en 1947, registrando en lo fundamental las obras realizadas en el periodo y del mismo modo reconoce el uso del suelo predominante en la periferia agrícola, en la franja subsistente de las huertas coloniales ribereñas. Pero presenta también los proyectos viarios que han de articular las intervenciones del sector en las décadas siguientes.

El urbanismo entonces planteado sólo se trastocó con el giro de la estrategia productiva que maduró en las ciudades décadas después. Ésta intentaba engarzar las poblaciones de la franja fronteriza en la incipiente globalización de los mercados y los procesos productivos, que al filo de los años sesenta eran visibles en las plantas de ensamble o maquiladoras, formulando proyectos tempranos que aspiraban a transformar la imagen puesta en el borde internacional, de acuerdo con un patrón modernizador que expresaba fluidez funcional y solvencia tecnológica, según se propuso y luego medianamente se realizó en Nogales, basándose en los cascarones de

concreto armado de Félix Candela y siguiendo la tipología empleada en Juárez, Tijuana y Matamoros.

Mientras tanto, Felipe Ortega fue la figura central de los arquitectos modernizadores hasta bien entrados los años sesentas, un vanguardista de práctica congruente influida por José Villagrán, Le Corbusier y Frank Lloyd Wright. Su trayectoria tocó las ciudades fronterizas y de los valles, portando las herramientas adecuadas para resolver técnica y formalmente los retos de la región y la época: gasolineras, empresas, agencias automotrices, silos, hospitales, residencias, fraccionamientos en macromanzanas, palacios municipales y, desde luego, viviendas populares.

Es frecuente encontrar en los proyectos de Felipe motivos escultóricos y pinturas murales, a menudo figuras abigarradas que irrumpen en las geometrías técnicas y en los planos limpios, recurso efectivo para contrapuntar el purismo de los prismas, o las transparencias espaciales, o era también una propuesta de integración plástica pocas veces admitida por los clientes. No existen ejemplos relevantes de este tipo de solución, si acaso detalles como los escudos y portadas del Museo Biblioteca. Las propuestas más interesantes y completas quedaron sin realizar en los planos para el local del Congreso del Estado, en los que recurre al nacionalismo fundamentalista del simbolismo prehispánico. En un proyecto de clínica intentó recuperar la orientación retórica del muralismo, realizándose sólo los altorrelieves de cantera en el área de acceso y vestíbulo, de inducción didáctica, y en el lobby del hotel Niza acudió al historicismo regional, emulado en el interior de Palacio varias décadas después.

La cara independencia del ejercicio profesional defendida por arquitectos como Palafox y Ortega limitó su incursión en las obras públicas, sobre todo las programadas en los ambiciosos planes de creación de escuelas y hospitales, tan importantes en la estrategia de integración del territorio impulsada por el general Rodríguez y el civil Soto. Pero permitió el desarrollo de otro arquitecto de la ENA, Gustavo Aguilar, invitado por el general para conducir las intervenciones estatales, con destacada participación en el diseño y construcción de escuelas en pueblos y ciudades.

El principal antecedente del impulso a las escuelas proviene del cuarto lustro del siglo, con Plutarco Elías Calles al frente de la guber-

natura y la comandancia militar de Sonora, quien en 1915 signó su programa de gobierno por el progreso con el lema "Tierra y libros para todos", y en los años siguientes realizó una importante cantidad de escuelas, entre ellas la "Coronel Cruz Gálvez", destinada a la educación y entrenamiento laboral de los huérfanos de la Revolución. El diseño de este edificio respondió todavía a las convenciones neoclásicas instituidas en el régimen desplazado. A mediados de los años treinta las partidas para educación alcanzaron el 37.4% del presupuesto total, que abarcaba la construcción y reparación de escuelas, fuerte apoyo aun superado por el general Rodríguez, quien destinó a la educación el 48% del presupuesto estatal de 1949. En este contexto, se erigió la Escuela Agrícola Experimental El Zacatón, en la periferia rural de Hermosillo, se creó la Dirección General de Alfabetización para instrumentar la campaña nacional contra el analfabetismo.

En el ámbito de la ciudad de Chihuahua, las iniciativas puntuales más importantes consistieron, primero, en el surgimiento de las colonias populares Santo Niño, en los años 20, e Industrial, en los 40, en el área de las instalaciones del ferrocarril al noreste de la ciudad, sobre terrenos rústicos separados de la mancha urbana por la vega del río Chuvíscar. Las dificultades económicas y políticas de los veinte se reflejaron en la escasa actividad constructiva, puntualmente manifiesta en el casco viejo de la ciudad, que en ocasiones reforzaba aun el porfiriano Paseo Bolívar. Simultáneamente, surgió una experiencia representativa de la época, un programa de construcción de edificios escolares promovido por el gobernador Almeida en 1925, con el propósito de asegurar las bases del progreso. La guía del diseño de la ambiciosa tarea consistió en una tipología racionalista con influencia deco, que en esencia rescataba la formalidad de las escuelas porfiristas, pero con la acusada sobriedad que le imprimía evocaciones fabriles. El tipo básico partía de un núcleo-módulo al que se le agregarían partes similares en tres etapas posteriores, creciendo por agregación en planta y en altura. Se intentó que todas las comunidades, por pequeñas que fuesen, contaran al menos con el módulo inicial.

En las dos décadas siguientes se erigieron, sobre todo en Juárez y la capital, residencias californianas (estilo spanish) propiciadas por

el nacionalismo y difundidas por las revistas norteamericanas del suroeste, identificadas con el lenguaje ecléctico de la teja, empedrados, muros recubiertos, hierro forjado, azulejo y gran cantidad de detalles recuperados de soluciones de épocas anteriores para crear quintas palaciegas justificadas en el supuesto referente de las austeras misiones "hispanas". El nacionalismo de factura neocolonial se expandió a otros géneros edilicios emergentes, como los cines, palacios municipales, hoteles o edificios comerciales. De estas soluciones se transitó al modernismo por una serie de exploraciones y acercamientos que conservaron resabios y conceptualizaciones tradicionalistas, plenamente superadas por Armando Esparza con la estación de ferrocarriles, en 1950.

Todavía en los cuarentas predominaban en la construcción los ingenieros agrónomos, reforzados en el medio por el gobernante y colega Foglio. Los primeros arquitectos llegaron a fines de la década y con ellos llegó la arquitectura moderna a Chihuahua: José de la Luz González, egresado del Politécnico, y Héctor Casas, Armando Esparza, Felipe Siqueiros y Emilio Lafont, de la Universidad Nacional. En la década siguiente aparecieron Carlos Lugo y Gilberto Serrano, del Instituto Politécnico. Las obras del periodo muestran influencias de José Villagrán, Augusto Álvarez, Mario Pani, Paul Rudolph, Le Corbusier y otros.

En pleno centro histórico, se ubica el Instituto Científico y Literario, que ocupó en el siglo XIX una casona ubicada en el primer cuadro de la ciudad, luego demolida y rescatada en los años veinte, siguiendo para la fachada un proyecto del ingeniero Salvador Arroyo. El diseño de ésta es aún de corte porfirista: en la solución ecléctica de las dos plantas predomina el lenguaje neoclásico, incorporando un reloj en el centro del pretil, sobre la puerta central. Destaca el uso de la cantera y la fachaleta de ladrillo prensado de coloración blanca, introduciendo un rasgo de hibridez regional derivada de la influencia norteamericana. La diversidad de la cultura arquitectónica conjugada en el caso se acentúa en los interiores con elementos art deco y con los murales nacionalistas del paraninfo, una secuencia alusiva a la historia de México, cuya manufactura es de Leandro Carreón. Desde 1954 fue ocupada por una preparatoria y luego por la Rectoría de la Universidad.

Por otra parte, ilustrando el mosaico de experiencias locales, en las orillas de la ciudad y al lado del ferrocarril se implantó la fundición Ávalos, que, si bien era inversión extranjera del Porfiriato, fructificó en la postrevolución como asentamiento con la característica de segregación socioespacial de los centros mineros, y se extendieron los amplios vecindarios obreros al exterior del infranqueable conjunto residencial de técnicos y ejecutivos. Años después, en 1949, en pleno casco viejo, se registró un excelente ejemplo temprano de rescate y restauración de la iglesia colonial de Santa Rita, intervención a cargo del obispado de Chihuahua.

Para la atracción del poblamiento hacia el norte fue fundamental la valorización del suelo ejercida por la Ciudad Deportiva realizada en la gestión de Fernando Foglio. Esta intervención es decisiva para el poblamiento residencial del norponiente y el surgimiento de la Universidad en los mismos campos deportivos durante 1954, con instalaciones diseñadas de acuerdo con los cánones del funcionalismo, adyacentes al Instituto Tecnológico de Chihuahua, también realizado en esos años.

Este entramado especulativo de bienes raíces logró trascender al ámbito de la apropiación simbólica del espacio en virtud de la creación del eje postrevolucionario más importante: el bulevar División del Norte, de fines de los años 50. Esta vía se tendió de oriente a poniente, paralela al eje Juárez de la ciudad histórica, con los héroes regionales de relevancia nacional de la Revolución, Pancho Villa (monumento ecuestre de Ignacio Asúnsolo, escultor chihuahuense de trayectoria regional en el periodo), Felipe Ángeles y la Soldadera. La figura del Centauro del Norte se emplazó en el cruce con el eje Independencia, que más adelante forma con la calle Juárez el cruce o punto "cero" de fundación colonial.

El nodo urbano así creado preludia el complejo universitario y deportivo, del mismo modo que Ángeles sirve de vestíbulo del área residencial y la Soldadera sale al paso rumbo a la franja de poblamiento popular y de instalaciones ferroviarias. En terrenos de la colonia Industrial, se construyó la estación de Ferrocarriles Nacionales de México, donde intervino el pintor Leandro Carreón —egresado de la Academia de San Carlos y alumno de Fermín Revueltas—, cu-

Los murales describen las actividades regionales de la minería y la ganadería, con la presencia marginal de los indígenas. Se coronó así la experiencia arquitectónica y urbana de integración plástica más interesante de la entidad.

Por último, en 1960 se canalizó el río Chuvíscar, el gran borde que entorpecía la integración funcional de la mancha urbana, y se instrumentó de paso el desmantelamiento de viejos barrios populares ribereños, del mismo modo que se aprovechó para erigir un monumento a la ganadería, históricamente presente en la economía regional, quizás como una alusión cultural oportuna en el punto de tránsito entre dos franjas espaciales adyacentes: el centro histórico originario, permeado por el porfirismo y la cultura material de los viejos linajes, y el norte de la expansión científica, tecnológica y, por supuesto, económica.

En Sinaloa, la primera obra representativa del periodo de reconstrucción encabezado por el general Ramón F. Iturbe fue la terminación del mercado Garmendía, un ambicioso proyecto porfirista, del arquitecto Luis F. Molina, artífice de las intervenciones constructivas que brindaron la modernización precedente de Culiacán. La modernidad arquitectónica de la postrevolución sinaloense mostró similitudes y paralelismos con los otros estados del noroeste, según puede corroborarse, por ejemplo, con la versión local del plan de escuelas distribuidas en toda la entidad, como es el caso de la escuela Benito Juárez de Navolato, realizada por el arquitecto Juan Segura, quien tuvo una breve estancia, de 1945 a 1947, en Sinaloa, a cargo de la zona estatal del Capfce, entonces dirigida por José Villagrán.

No había duda de la relevancia del edificio, ubicado frente a la plaza principal, compartiendo el emplazamiento simbólico con el Palacio Municipal, la iglesia del poblado y el Club de Leones. Congruente con la ubicación, las partes se agrupan en dos líneas paralelas frente a la calle. La solución tipo que estableció Segura combina el racionalismo y rasgos del lenguaje deco con respuestas climáticas de adecuación al lugar retomadas de las propuestas de O'Gorman, como los tubos de drenaje instalados en la parte alta de los muros de las aulas, provocando la ventilación cruzada y la reducción del asoleamiento. Del mismo modo que los tipos empleados en otros

estados de la región, se enfatiza el acceso principal, a su vez eje central de la composición simétrica. Otra solución interesante fue la Escuela Normal, del ingeniero arquitecto Saavedra Reyes, edificio esquinero que, en consecuencia, se distribuyó en línea sobre los paramentos, formando una "L". Los recursos del parasol y el asta-bandera son oportunos, así como el indudable señalamiento jerárquico del acceso articulador de ambas alas a la vez que vestíbulo de las escaleras, el patio y los corredores.

Hacia 1948, el arquitecto Jaime Sevilla relevó a Segura en el Capfce, y realizó edificios como la escuela Sócrates, de gran riqueza formal, donde maneja diferentes materiales como recurso plástico y la modulación ortogonal para lograr la eficiencia constructiva.

Hacia finales del periodo postrevolucionario, los arquitectos Víctor Bazúa y Héctor Mexía construyeron la escuela preparatoria Hermanos Flores Magón, organizada por un vestíbulo-plaza que reparte los flujos de las áreas de uso deportivo, servicios, actividades artísticas, aulas y administración. El diseño estructural para cubrir el vestíbulo, así como el empleo del faldón muestran los aportes bioclimáticos del funcionalismo en la región.

La mancha urbana de Culiacán, que se estructuró hasta el Porfiriato por el primer cuadro cívico religioso y se constreñía al norte por el meandro sinuoso del río Tamazula y el lindero curvilíneo trazado por las vías del ferrocarril en el sur, fue sustancialmente resignificada entre los años treinta y cincuenta. A lo largo de este lapso se configuró frente al río el paseo Niños Héroes (Malecón) y en los últimos años del periodo se desalojaron las vías férreas para establecer el bulevar Gabriel Leyva. Ambos ejes envolvieron el área patrimonial del Centro Histórico, lo que contribuyó primero a compactar constructivamente una franja residencial homogénea que asumió las posibilidades expresivas de la distinción denotadas por la arquitectura moderna, mientras el segundo surcaba un área heterogénea de vivienda popular, servicios y equipamiento.

Las dos vías surgieron en umbrales contenedores del crecimiento que hacia 1930 ya había saltado a la otra banda del río y rumbo al sur del ferrocarril; las dos se tendieron sobre suelos de alta rentabilidad que estrangulaban la mancha urbana, imponiéndole una

configuración artificiosa. De hecho, esta situación incidió en el plano regulador de la ciudad formulado en 1954 por Mario Pani, Domingo García Ramos y otros, dentro del programa nacional de “la marcha hacia el mar”, que atendió además a Mazatlán, Guaymas-Empalme y Hermosillo, esto es, la cadena de centros urbanos en crecimiento acelerado del Pacífico.

Por ello, estas calles organizaron las novedosas arquitecturas funcionalistas y marcaron las secuencias con nodos ordenados en torno a monumentos erigidos para conmemorar la gesta armada. Sobre el Malecón se construyó el Casino Culiacán, primer edificio moderno de la ciudad, hecho de concreto armado y resuelto con lenguaje modernista, aún con influencias del *deco* precedente. Este lugar representaba espacialmente la diferenciación que socialmente instrumentaba mediante la reunión casual de los agricultores y ganaderos enriquecidos con la gran agricultura de riego. La hegemonía política de estos se mostraba en la franja de suelo privilegiado y en un centro de reunión emplazado en el punto de engrane del bulevar riverense con uno de los ejes fundacionales de Culiacán.

No casualmente, sobre la misma franja emergente se levantó en 1948 el edificio de la Confederación de Asociaciones de Agricultores del Estado de Sinaloa, del equipo de arquitectos integrado por Artigas, Benítez y Best, el segundo de los cuales realizó una vasta obra relevante en la entidad. En este ejemplo es evidente el empleo de los recursos del diseño de Le Corbusier, los pilotes, la terraza jardín, planta y fachada libre. Tanto la fachada como la planta se resolvieron con una rejilla moduladora.

Francisco Artigas llegó de la ciudad de México a Culiacán a finales de los años 30, e invitó en seguida, también de la capital del país, al tehuacanense Germán Benítez, ingeniero arquitecto del Instituto Politécnico. Ambos colaboraron en varias obras locales, en las que se identifican constantes como materiales constructivos de la región, lenguaje formal sobrio y elegante, así como el uso de terrazas, vegetación, parasoles y texturas en pisos y muros, y en general recursos de adecuación al medio físico. Una obra representativa de esta fructífera colaboración es la residencia de Jesús Tamayo, construida en 1947-48 frente al Malecón.

También sobre el Malecón, la familia Sánchez Riveros construyó en 1942-43 su residencia estilo neocolonial, proyectada por el arquitecto Constantino Haza, quien nació con el siglo, en Tehuacán, y ejerció en Sinaloa de los años treinta a los sesenta. La residencia tiene un vestíbulo exterior que se apoya en columnas de sección cuadrangular y arcos elípticos.

Mexicali fue fundado en 1903, con un diseño urbano de retícula adyacente a la Línea que lo separa de Calexico y las manzanas de la sección poniente se modificaron tanto por la vía del tren (ferrocarril Intercalifornia) como por el cauce del río Nuevo. La distribución en manzanas de ambas ciudades responde a la misma orientación y hay un par de calles tendidas de norte a sur que se continúan a través del borde fronterizo. Igual que el poblamiento del valle, Mexicali se asentó en suelos privados, por lo que el establecimiento del fundo legal y las franjas de crecimiento debieron negociarse durante largos periodos.

El paisaje urbano hacia la década de 1940 consistía en un conjunto de construcciones en las que predominaban la madera y la improvisación constructiva; pero era común el empleo de los portales para la protección del peatón y era notorio el surgimiento de los parasoles en las construcciones modernas. Los cabarets, expendios de vinos y licores y comercios en general (como la "chinesca", área comercial y barrio segregado de chinos) obedecían a un tipo arquitectónico familiarizado con el viejo oeste norteamericano, fachadas falsas con pórticos adintelados y marquesinas de madera. Los edificios más importantes eran los del equipamiento creado en las primeras décadas del siglo, como la escuela Cuauhtémoc y las oficinas de correos y telégrafos. El palacio de gobierno era la construcción más relevante, ubicada como remate visual del eje organizador de la trama cuadrangular, el bulevar Álvaro Obregón, en la plaza central. Construido en los años a caballo de 1920, el palacio es un edificio estructurado en su interior por el patio, formalmente resuelto con lenguaje ecléctico, sobre fachadas de composición simétrica. En torno a éste se aglutinó la colonia Nueva, de modesta arquitectura californiana, similar al edificio de oficinas de la California River Land, inspirado en los cascos de hacienda de la Colonia.

Conclusión

El territorio del noroeste fue reorganizado mediante la continuación de las líneas ferroviarias y la amplia introducción de caminos, pero sobre todo la red de pequeños poblados fue replanteada en términos de sistema urbano, donde las ciudades capitales fueron convertidas en los nodos jerárquicos de los subsistemas estatales. La relación campo-ciudad fue modernizada con la expansión de la frontera agrícola, la introducción de nuevos cultivos y tecnologías; se estructuraron las áreas productivas “escaneando” el territorio, aplicando la abstracción de la geometría reticular a la homogeneización orográfica. El rol de las ciudades fue la prestación de servicios, sólo requeridas de insumos tecnológicos e industriales a finales del periodo, exigencia colateral a la función de núcleos concentradores y distribuidores de la producción agrícola.

Las primeras obras de la postrevolución repitieron el eclecticismo porfiriano. Los lenguajes neocoloniales, deco y funcionalista fueron apropiados sólo con la concentración urbana de la riqueza generada en el campo y tras la superación de la crisis del 29. El impulso a la educación difundió el simbolismo laico a través de construcciones modelo inspiradas en las propuestas de O’Gorman, y adquirió de nuevo el espíritu de cruzada espartana y jacobina, en un ambiente que llegó a las aberraciones racistas, antichinas y anticlericales.

Las expresiones más acabadas del proyecto refundador de las ciudades se arraigaron en los centros del poder, donde los bulevares estratégicos se escanciaron con los referentes simbólicos de la gesta armada. Las figuras polémicas de los personajes reales debieron conciliarse en un discurso plano que permitiera la lectura lineal de las verdades establecidas, y emergieron a lo largo de sendas que garantizaron una nueva narrativa de la ciudad. Del mismo modo, los tipos arquitectónicos modernos pasaron rápidamente de la respuesta oportuna de la adecuación según el lugar, el usuario y la tecnología, a la resignificación retórica del espacio, solicitada por las urgencias de construir identidades plenas de historia y pujanza progresista. El desfile historicista de esculturas y edificios monumentales se reforzó con pinturas y relieves didácticos, vitrales aleccionadores y vegetación idílica.

La arquitectura funcional se implantó en sociedades de industrialización incipiente, aún arraigadas en la cultura agraria, donde no se adoptó la modernidad como si fuera un lenguaje para moldear materiales preexistentes; más bien fue una irrupción oportuna en la efervescencia constructiva, y el vacío simbólico, lo que provocó cambios abruptos sin solución de continuidad. El desvanecimiento en el aire de la masividad constructiva, y con ella de las convenciones de una cultura solar basada en artilugios defensivos ante el clima extremo, con frecuencia se tradujo en la combinación dialéctica del partesol y la ventana horizontal.

La orfandad inspirada por la disolución del muro moderno al lado de las persistentes construcciones semirrurales y californianas, debió compensarse con la exageración de la estructura, el sobredimensionamiento de las prolongaciones protectoras y la duplicación de las envolventes por celosías, volviendo compleja y encareciendo la simplicidad de la relación dentro-fuera. Todo esto se adoptó junto a la construcción hermética y seriada a la vez que la confianza en la duración interminable del derroche energético de la climatización artificial.

Ni siquiera fue abandonado el uso extensivo de las grandes superficies de las propiedades ganaderas, repetido en el crecimiento urbano tipo *cottage*, posponiendo la densificación especulativa. Los excluidos de la modernidad, los seris, pápagos, yaquis, tarahumaras y otras comunidades indígenas, resistieron a la reducción acartonada del *scanner* sobre sus espacios vitales. Pero no fueron éstos los únicos, a ellos se agregaron los migrantes norteros mestizos —bárbaros, confiados y fijones— que han reproducido la tipología de la vivienda ranchera en las periferias urbanas. La vivienda inhumana de los edificios de apartamentos fue rechazada y asociada con el gallinero o el palomar que los excampesinos pretendían dejar atrás.

Los ejemplos más dramáticos de la modernización agrícola fueron las comunidades expulsadas por los vasos de las presas, que debieron abandonar pueblos y casas, pues si bien la migración fue acelerada y sostenida, nunca, como en estos casos, fue tan irreversible o de negación absoluta del patrimonio material y cultural y formas de vida. Los arquitectos modernos no tuvieron en estos casos la versatilidad para adaptar los cánones de la disciplina a la velocidad

de los cambios en una diversidad sociocultural creciente, menos aún en el marco de iniciativas impuestas por gobiernos autoritarios.

Sin duda que la experiencia racionalista de los cuarenta y cincuenta fue exitosa en las arquitecturas escolares, hospitalarias, fabriles, comerciales, bancarias y en general de equipamiento urbano. Las virtudes tecnológicas y expresivas del funcionalismo apropiado se abrieron paso entre los excesos faraónicos y clientelares, convirtiéndose a la postre en joyas del patrimonio cultural en las ciudades nuevas del noroeste.

La irrupción de la racionalidad arquitectónica creó en los pueblos los nuevos templos laicos del conocimiento, de la producción y de la vida. En las capitales adquirieron magnitudes catedralicias, o de elefantes blancos incomprensibles y dominantes, o hasta de mausoleo prefigurado para no tan secretos afanes de trascendencia. En ambos casos, la adopción de los nuevos rituales del consumo cultural del espacio construido ha pasado por los efectos de beneficio y la sacralización de los símbolos materiales que revisten la estética del progreso.

Por último, ¿cómo se explica que el impacto creativo de la beligerancia vanguardista de los arquitectos formados en la Escuela Nacional de Arquitectura adquiriera roles de cruzada civilizatoria en la formación de albañiles y oficiales, a la vez que prefigurar, planear y ejecutar arquitecturas y planes urbanos? ¿Cómo se explica la mística constructora respetuosa de cánones abstractos en lugares apartados? ¿Cómo entender la agresividad intelectual polemizadora en confrontaciones regionales de arquitectos aislados frente a una sociedad civil aludida? Quizá se debió a la fe en la modernidad, la revolución y la capacidad transformadora del oficio de arquitecto educador.

Recibido en septiembre de 1999
Revisado en enero del 2000

Bibliografía

- Aboites, L. (1996), Breve historia de Chihuahua, México, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica.
- Aguilar Camín, H. (1981), La frontera nómada: Sonora y la Revolución Mexicana, México, Siglo XXI.
- Altamirano, G. y G. Villa (1988), Chihuahua, una historia comparada, 1824-1921, México, Gobierno del Estado de Chihuahua, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Arreola, D. y J. Curtis (1993), The Mexican Border Cities. Landscape Anatomy and Place Personality, Tucson y Londres, Universidad de Arizona.
- Bassols Batalla, A. (1972), El noroeste de México. Un estudio geográfico económico, México, UNAM/IIIE.
- _____ (coord.) (1986), Lucha por el espacio social. Regiones del norte y noroeste de México, México, UNAM.
- Calderón, F. (1985), "Los ferrocarriles", en D. Cosío Villegas, (coord.), Historia moderna de México, t. VII, México.
- Camou, E., R. Guadarrama, J. C. Ramírez et al. (1997), Historia general de Sonora. Historia contemporánea 1929-1984, t. IV, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora.
- Carrillo, A. (1998), "Culiacán en la política de los gobiernos revolucionarios de Sinaloa (1915-1920)", en G. Ibarra y A.L. Ruelas, Culiacán a través de los siglos, Culiacán, UAS.
- Castellanos, A. (1981), Ciudad Juárez, la vida fronteriza, México, Nuestro Tiempo.

- Figueroa, J. M. (1996), *Los gobernadores de Sinaloa 1831-1936*, Culiacán, Once ríos.
- García Canclini, N. (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Conaculta, Grijalbo.
- Gracida, J. J. (1997), "Génesis y consolidación del Porfiriato en Sonora (1883-1895)", en A. Figueroa, R. Jiménez, J. J. Gracida et al., *Historia general de Sonora. Sonora moderno 1880-1929*, t. IV, Hermosillo, Gobierno del Estado de Sonora.
- Ibarra, G. (1995), *Economía terciaria y desarrollo regional en México*, México, INSEUR-NL Y UAS.
- Llanes, R. (1999), "La obra urbana arquitectónica de Luis F. Molina en Culiacán, Sinaloa", tesis de maestría, Culiacán, UAS-Escuela de Arquitectura.
- Martínez, O. (1982), *Ciudad Juárez: El auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Márquez, Z. et al. (1998), *El estado de Chihuahua*, México, s/d.
- Méndez, E. (1991), "Formación de ciudades en la frontera norte de México", *La Revista de El Colegio de Sonora*, no. 3, Hermosillo, El Colegio de Sonora.
- _____ (1996), *Una modernidad edificada. La arquitectura de Felipe Ortega en Sonora*, Hermosillo, El Colegio de Sonora-UNISON.
- _____ (1997), *Ciudad fragmentaria*, Hermosillo, ISC.
- Ochoa, A. (s/f), "Arquitectura moderna de Culiacán. Obras representativas: un análisis arquitectónico", fotocopia.
- _____ (1994), "Arquitectura moderna en Mazatlán, desarrollo de una alternativa", *Cuadernos de Arquitectura Docencia*, no. 12, México, Facultad de Arquitectura, UNAM.

Orozco, V. (1991), Chihuahua: sociedad, economía, política y cultura, México, UNAM.

Pani, M. (1954), "Plano regulador de Culiacán, Sinaloa", *Arquitectura México*, t. 10, no. 48, pp. 233-244.

Parodi, E. de (1957), Abelardo L. Rodríguez, estadista y benefactor, edición del autor, Hermosillo, Sonora, México.

Radding, C. y R. M. Ruiz (1997), "La reconstrucción del modelo de progreso 1919-1929", en *Historia general de Sonora. Sonora moderno*, pp. 313-351.

Ranfla, A. et al. (1991), *Mexicali, una historia*, 2 vols., Mexicali, UABC-III.

Rodríguez, A. (1949), *Ideario*, edición del autor, Hermosillo, Sonora, México.

Schmidt, R. y W. Lloyd (1986), "Patterns of Urban Growth in Ciudad Juárez", en G. Young, et al., *The Social, Ecology and Economic Development of Ciudad Juarez*, Estados Unidos, Westview Press.

Unikel, L. et al. (1976), *El desarrollo urbano de México. Diagnóstico e implicaciones futuras*, México, El Colegio de México.

